

de tu amor, la vida
 prodigó sus rayos
 y tus amplios senos
 habrán retoñado...
 Y yo mi secreto
 con angustia guardo
 de mis amarguras
 en el hondo arcano,
 y lloro al recuerdo
 de aquel tiempo amado

—que ya nunca, nunca,
 volverá a alegrarnos—
 en que frente a frente
 solos nos hallamos
 —mis ojos prendidos
 de tus ojos claros—
 sin poder decirnos
 nada con los labios!

José María Zeleabón

Ruskin

(Escrito con motivo de la muerte del famoso estético inglés)

I

En Inglaterra ha muerto un grande hombre: Juan Ruskin. Ruskin era un poeta, es decir, que tenía una visión total de la vida por la belleza. Pero en vez de expresar esa visión en la música definitiva del verso y dejar que el canto de la poesía penetrara lenta y fuertemente por capas en el espíritu humano, Ruskin se hizo apóstol de su propia visión y quiso ser el organizador material de la realidad por él entrevista; pero el resultado fué siempre que, como a poeta, la ley del poeta le dominó, y su visión y su realidad van trascendiendo con aquella firme lentitud que es la fuerza de los grandes movimientos del espíritu, dejando indiferentemente atrás o delante todas las impaciencias, todas las bur-las, todas las modas y todo lo que no sea su substancia. De modo que Ruskin mismo, al luchar por realizar su misión y organizar su realidad antes de tiempo, pudo decir como el Zaratrustra de Nietzsche: «Yo soy un precursor de mi mismo.» Y esta es la ley que domina al poeta.

Ruskin tenía en la vida una misión demasiado delicada para poder realizarla por completo. Parece que de niño amó demasiado las flores, gustó de contemplarlas con exceso, y las flores, que son como la transición etérea de la tierra y de la planta al fruto, entraron en todas sus ideas, que fueron así como ideas flores. Por esto Carlyle le

llamó «el etéreo Ruskin»; por esto ornaba con imágenes delicadísimas de flores sus libros, aun los de sociología y de economía política, con los que quería hacer brotar inmediatamente la realidad de su visión poética; y por esto su concepción total de la vida tiene toda la hermosura fragante, delicada e incompleta de la flor.

Así enlazaba Ruskin el arte y la vida: el arte—decía—ha de expresar siempre una idea; esta idea ha de ser alta, pura, religiosa; y la obra artística ha de llegar a todos los hombres, hasta a los más bajos y humildes, para penetrarlos y elevarlos.

Así fué como Ruskin, joven aún y enfermo, llegó a Italia y se enamoró del arte prerrafaelista, del arte anterior a la plenitud del Renacimiento, del arte flor de aquellos artistas ingenuos y creyentes, que pintaban sus cuadros de rodillas, estáticos de devoción ante la Virgen que iba apareciendo bajo sus pinceles.

Y él fué el predicador de este arte casi olvidado, para hacerlo escuela de toda la vida social..... en el siglo XIX y en Inglaterra!

¡Cómo debió atormentarle esta aparente antinomia de su idea! En 1863 (tenía 44 años) hace una excursión por los Alpes y siente un deleite intenso, casi místico, en aquellas soledades; pero en seguida el apóstol que lleva dentro de sí pregunta si no hay demasiado egoísmo en aquel deleite solitario. Entonces es cuando escribe:

